

Brasyl

Ian McDonald

Traducción:
Virginia Sanmartín López



17 a 19 de mayo de 2006

Marcelina observaba como robaban el coche en la rua Sacopã. Era un Mercedes Clase C, el coche de un traficante de drogas que el equipo de diseño del programa *Pimp My Ride* brasileño había tuneado de arriba abajo con tapacubos y luces azules que recorrían todo el chasis trasero. Los altavoces eran del tamaño de una maleta. Los de diseño habían hecho un gran trabajo, parecía que el coche valiera más de los cuatro mil reales que Marcelina había pagado en el depósito.

La primera vez pasaron de largo: tres tíos con gorra, camiseta y pantalones de baloncesto. La primera vez era para echar un vistazo. Segunda vez, esta para inspeccionar, fingiendo que les interesaban el tapacubos y el rosario y el llavero del Flamengo que colgaba del espejo (un detallito) y... ¿eso era un multicambiador de CD o un soporte para el MP3?

Vamos, pequeños, lo estáis deseando, pensó Marcelina en la parte de atrás del coche perseguidor, que estaba en una entrada a doscientos metros cuesta arriba. *Es todo vuestro, lo he puesto ahí para vosotros, no podéis resistiros.*

Tercera vez, esta para robarlo. Le concedieron diez minutos, diez minutos que Marcelina se pasó mirando el monitor y preguntándose si volverían, si llegaría antes otra persona. No, ahí estaban, bajando la cuesta con esos andares de guaperas patilargos con ropa ancha. Eran buenos, muy buenos. Apenas vio como forzaban la puerta, pero el gesto de sorpresa cuando se abrió fue evidente. No, no estaba cerrada. Y sí, las llaves estaban puestas. Ya estaban dentro: cerraron las puertas, arrancaron el motor, encendieron las luces.

—¡En marcha! —le gritó Marcelina Hoffman al conductor, y el despegue del todoterreno la lanzó contra el monitor. Joder, aquello sí que era ponerse en marcha de verdad, el motor rugía mientras salían a toda pastilla hacia la avenida Eptácio Pessoa.

—¡A todas las unidades, a todas las unidades! —gritó Marcelina por la emisora mientras el Cherokee esquivaba los coches—. ¡Tenemos un robo,

tenemos un robo! Se dirigen hacia el norte por el túnel de Rebouças. —Le dio un puñetazo en el hombro al conductor, uno de la Associated Press que decía ser un gran amante de las carreras de coches—. No los pierdas de vista, pero tampoco los asustes. —No se veía nada en el monitor. Le dio un golpe—. ¿Qué le pasa a esta cosa? —La pantalla se llenó de imágenes, que llegaban de las minúsculas cámaras que habían instalado en el Mercedes—. Necesito el código de tiempo en tiempo real.

Te lo suplico, que no descubran las cámaras, le rogó Marcelina a Nossa Senhora da Valiosa Produção, su santa patrona. Eran tres tíos: el de negro y dorado que conducía, el de la camiseta Nike, y el que no llevaba camiseta e iba luciendo una pelusilla rizada entre las tetillas. El efecto *doppler* de las sirenas pasó junto a ellos. Marcelina levantó la vista del monitor y vio un coche de policía que giraba atravesando los cuatros carriles de la avenida de la laguna y los adelantaba.

—Ponme el audio.

João-Batista, el técnico de sonido, meneó la cabeza como un indio, y los auriculares hicieron que el gesto pareciera aún más cómico. Jugueteeó con el mezclador que llevaba colgado al cuello y levantó el pulgar tímidamente. Marcelina lo había ensayado, y reensayado, y requetensayado, pero ahora no recordaba ni una sola palabra. João-Batista la miró: *venga, es tu programa.*

—¿Os gusta el coche? ¿Os gusta? —Estaba chillando como una de esas estridentes presentadoras. João-Batista la miraba con lástima. Los chicos miraron a las cámaras del coche como si hubiera estallado una bomba bajo la hilera de luces de su *Coche fantástico. No te achantes, arriba señorita, no te achantes*—. ¡Pues es vuestro! Este es vuestro gran premio. No os preocupéis, ¡estáis en un concurso de televisión!

—Es un viejo Mercedes de mierda con un tuneado barato —murmuró Souza, el conductor—. Y lo saben.

Marcelina se apartó la emisora de la boca.

—¿Acaso eres el director? ¿Dime? ¿Lo eres? Servirá para el programa piloto.

El todoterreno giró bruscamente, y Marcelina se deslizó por el asiento trasero. Los neumáticos chirriaron. Dios, aquello le encantaba.

—Han decidido no ir por el túnel. Van a ir por Jardim Botânico.

Marcelina le echó un vistazo al GPS. Los coches de policía parecían banderas naranjas, una formación perfecta a lo largo de la Zona Sul de Río que se dispersaba y se reordenaba mientras el coche perseguidor se negaba a entrar en su trampa. *De eso se trata,* se dijo Marcelina. *Esto es lo hace que la televisión sea genial.* Volvió a coger la emisora.

—Estáis en *La huida*, el nuevo *reality* de Canal Quatro, ¡y vosotros sois los protagonistas! Eh, ¡vais a ser grandes estrellas! —Al oír aquello, se miraron los unos a los otros. La cultura de la atención. Seducir al carioca vanidoso nunca fallaba. Los mejores participantes del mundo para un *reality*, los cariocas—. El

coche es vuestro, todo vuestro, garantizado, legal. Lo único que tenéis que hacer es evitar que la poli os atrape durante media hora, y ya les hemos dicho lo que habéis hecho. ¿Queréis jugar? —Aquello podría servir para el título: *La huida: ¿quieres jugar?*

El chico de la camiseta Nike estaba moviendo la boca.

—Necesito el audio —gritó Marcelina. João-Batista giró otro botón. El *baile funk* retumbó en el todoterreno.

—Y digo yo, ¿por este montón de mierda? —gritó el de la camiseta Nike por encima de ritmo bailón. Souza giró por otra esquina a toda velocidad, las ruedas volvieron a chirriar. Más banderas naranjas de la policía se iban reuniendo por todo el recorrido para evitar una posible huida. Por primera vez, Marcelina creyó que de ahí se podía sacar un buen programa. Apagó la emisora.

—¿Adónde vamos?

—Puede que a Rocinha o más arriba por Tijuca en la estrada Dona Castorina. —El todoterreno se deslizó por otro cruce, apartando a los malabaristas rodeados de una cascada de pelotas y a los limpiadores de parabrisas con sus cubos y sus esponjas—. No, es Rocinha.

—¿Tenemos algo que nos sirva? —le preguntó Marcelina a João-Batista. Él negó con la cabeza. Todavía no había conocido a un técnico de sonido que no fuera un cabrón lacónico, y eso también iba por las mujeres.

—Eh, eh, eh. ¿Puedes bajar un poco la música?

El *baile de dj Furação* se calmó en cuanto João-Batista movió los pulgares.

—¿Cómo te llamas? —le gritó Marcelina al de la camiseta Nike.

—¿Te crees que te lo voy a decir en un coche robado con toda la policía de la Zona Sul pegada al culo? Esto es inducción al delito.

—Tendremos que llamarte de alguna manera —dijo Marcelina para intentar sonsacárselo.

—Bueno, Canal Quatro, podéis llamarme Malhação, y estos son América —el conductor apartó las manos del volante e hizo un gesto—, y O Clono. —Pechopeludo lanzó un beso, tipo estrella del rock de la MTV, a la minicámara del reposacabezas del conductor.

—¿Esto es como el programa *Bus 174*? —preguntó.

—¿Quieres terminar como el tío de *Bus 174*? —murmuró Souza—. Si consiguen que todo esto acabe en Rocinha, harán que *Bus 174* parezca un convite de la primera comunión.

—Entonces, ¿me voy a hacer famoso? —preguntó O Clono, que seguía lanzando besos a la cámara.

—Saldrás en *Contigo*. Conocemos a gente del programa, podemos arreglarlo.

—¿Podré conocer a Gisele Bundchen?

—Podemos conseguiros una sesión fotográfica con Gisele Bundchen, a todos vosotros, con el coche. Las estrellas de *La huida* y sus coches.

—A mí me gusta esa Ana Beatriz Barros —dijo América.

—¿Lo has oído? ¡Gisele Bundchen! —O Clono tenía la cabeza metida entre los reposacabezas y le gritaba a Malhação en el oído.

—Tío, no va a haber ni Gisele Bundchen, ni Ana Beatriz Barros —dijo Malhação—. Esto es la tele, dicen lo que sea para que haya espectáculo. Eh, Canal Quatro, ¿y qué pasa si nos pillan? Nosotros no hemos pedido salir en el programa.

—Habéis robado el coche.

—Vosotros queríais que lo robáramos. Dejasteis las puertas abiertas y las llaves puestas.

—La ética es buena —dijo João-Batista—. En los *realities* no es que haya mucha ética.

Sirenas por todas partes, cada vez más cerca, organizándose. Los coches de policía volaban como cuchillos por ambos lados, una oleada, una ráfaga sonora de luces borrosas. Marcelina sintió que le explotaba el pecho por la belleza del momento, cuando todo encaja, cuando todo es perfecto, automático, divino.

Souza puso el todoterreno en quinta y aceleró, pasando por un montón de materiales de construcción donde se estaba levantando el nuevo muro de favela.

—Pues no es Rocinha —dijo Souza cuando salió de detrás de un tren cisterna—. ¿Qué hay más abajo? Vila Canoas, creo. Madre mía.

Marcelina levantó la vista del monitor, ya estaba planeando el montaje. Había algo raro en el tono de voz de Souza.

—Me estás asustando, tío.

—Acaban de dar la vuelta en medio de la carretera.

—¿Dónde están?

—Vienen directamente hacia nosotros.

—Eh, Canal Quatro. —Malhação sonrió a la cámara del parasol. Tenía los dientes blancos y bien alineados—. Creo que hay un fallo en vuestro formato. Veréis, no me motiva demasiado lo de arriesgarme a ir a la cárcel por una mierda de Mercedes de segunda mano. Me interesaría más algo que se pudiera vender por partes...

El Mercedes venía directo por el carril central, luciendo por toda la autopista los gráficos del espléndido tuneado. Souza frenó gracias al antibloqueo. El todoterreno se paró a un pelo del Mercedes. Malhação, América y O Clono ya estaban fuera del coche, y sujetaban las pistolas de lado, al famoso estilo de la película *Ciudad de Dios*.

—Fuera, fuera, fuera. —Marcelina y el equipo se amontonaron en la carretera, en mitad del estruendo de los coches.

—Necesito el disco duro. Sin disco duro no tengo programa. Por lo menos dejadme eso.

América ya estaba al volante.

—¡Esto es genial! —dijo.

—Vale, toma —respondió Malhação, dándole a Marcelina el monitor y el LaCie de un *terabyte*.

—¿Sabes qué? Tienes el pelo más o menos como Gisele Bundchen —gritó O Clono desde el asiento de atrás—. Pero más rizado, y tú eres un poco más baja.

El motor rugió, las llantas echaron humo, América quitó el freno de mano, rodeó a Marcelina y salió a toda pastilla hacia el oeste. Unos segundos después, aparecieron los coches de policía.

—Esto —dijo João-Batista—, es precisamente lo que yo llamo buena televisión.

La Pájara Negra fumaba en la sala de edición. Marcelina lo odiaba. Odiaba casi todo de la Pájara Negra, empezando por la ropa de los años cincuenta que llevaba sin ningún tipo de ironía, desafiando cualquier moda o tendencia («sin estilo personal no hay moda, querida») y que, no obstante, le quedaba fantástica, desde las auténticas medias de nailon con costuras («nunca pantis, tordo malo») hasta la chaqueta Coco Chanel. Si pudiera llevar gafas de sol y un pañuelo en la cabeza en la sala de edición, se los pondría. Odiaba a una mujer tan evidentemente segura de su estilo, y tan correcta. Odiaba que la Pájara Negra pudiera subsistir con una dieta a base de vodka de importación y cigarrillos Hollywood, que nadie la hubiera visto hacer el más mínimo ejercicio y que, aun así, incluso después de una edición nocturna, resplandeciera con el encanto de una radiante Grace Kelly, y no pareciese una puta calavera puesta hasta las cejas de guaraná azucarado. Lo que más odiaba era que, con toda su elegancia y su estilo retro tan estudiado, la Pájara Negra había acabado los estudios de Comunicación un año antes que Marcelina Hoffman y era su jefa de sección. Marcelina había aburrido a tantos documentalistas y realizadores en las fiestas de los viernes en el café Barbosa con las hazañas y escarceos de la Pájara Negra para llegar a ser jefa de la sección de *realities* en Canal Quatro, que podían repetirlos como si estuvieran en misa: «Ella no sabía que el micro estaba abierto y los tíos del escáner la escucharon decir...», todos juntos: «... fóllame como a una perra...».

—La banda sonora es una *PUV* clave. Sería algo retro, como la de *Grand Theft Auto* de los ochenta. Sí, la de ese grupo neorromántico inglés que hizo una canción sobre Río, pero que grabó el vídeo en Sri Lanka.

—Yo creía que era *Save a prayer* —dijo Leandro acercándole un cenicero de terracota con una maceta al revés como tapadera a la Pájara Negra. Era el único editor en todo el edificio que no había excluido a Marcelina de su séquito, y se

le consideraba tan imperturbable como el dalái lama, incluso después de una juerga—. *Rio* se rodó en Río. Es evidente.

—¿Qué eres? ¿Una especie de maestro *ninja* de la música neorromántica inglesa de principios de los ochenta? —respondió Marcelina—. ¿O es que naciste en el 84?

—Si no me equivoco, esa canción de Duran Duran en particular es de 1982 —dijo la Pájara Negra, que apagó con cuidado el cigarrillo en el cenicero y volvió a colocar la tapa—. Y el vídeo se grabó en Antigua, en realidad. Marcelina, ¿qué ha pasado con el coche del equipo?

—La policía lo encontró desmontado hasta el chasis trasero a las afueras de Mangueira. El seguro lo cubrirá todo. Pero eso demuestra que funciona, quiero decir, el formato necesita algunos retoques, pero la premisa es sólida. Es buena televisión.

La Pájara Negra encendió otro cigarrillo. Marcelina se estaba consumiendo junto a la puerta de la sala de edición. *Dámelo, dámelo, dámelo, vamos, dame el programa.*

—Es buena televisión. Me interesa. —Eso era lo máximo que podías conseguir de la Pájara Negra. A Marcelina se le paró el corazón, pero seguramente era por los estimulantes. Hay que bajar poco a poco, eso decían, y después echar un buen sueño. Eso, por experiencia, era lo mejor para recuperarse de una noche de juerga. Obviamente, si se lo daban, iría directa al café Barbosa, aporrearía la puerta de Augusto con el toque masónico especial y se pasaría el resto del día bebiendo champán y mirando a los patinadores pasar a toda velocidad con sus patines en línea y sus culitos prietos—. Es ingenioso, tiene gancho, y llegaría a todo nuestro perfil demográfico, pero no lo vamos a hacer. —La Pájara Negra levantó una mano negra enguantada para prevenir las quejas de Marcelina—. No podemos hacerlo. —Le dio un golpecito al botón del mando a distancia y puso el canal de noticias de Quatro.

Ausiria Menendes estaba por las mañanas. Seguramente Heitor la llamaría a mediodía para quedar a comer. Los miedos y preocupaciones de un presentador de informativos de mediana edad eran lo último que necesitaba en esos momentos. Fue como si la pantalla registrase un fragmento de lo que le pasaba por la cabeza: los coches de policía rodeaban un vehículo a un lado de la autopista. En el subtítulo ponía «São Paulo». Corte, y plano desde un helicóptero de coches militares y vehículos para el control de disturbios aparcados en la puerta de la cárcel de Guarulhos. El humo subía en espiral desde dentro del recinto; se veían figuras por toda la azotea, medio destrozada, con una pancarta hecha de sábanas y letras rojas pintadas con espray.

—El PCC le ha declarado la guerra a la policía —dijo la Pájara Negra—. Ya han muerto al menos una docena de polis. Tienen rehenes en la cárcel. La de Benfica será la siguiente y luego... No, no podemos hacerlo.

Marcelina se apoyó en la puerta, pestañeando suavemente mientras la imagen de la pantalla se alejaba, convirtiéndose en una diminuta mota que se movía sin rumbo al final de un largo y oscuro túnel en el que se escuchaba el zumbido de latas de guaraná Kwat y los botes de anfetaminas, en el que Leandro y la Pájara Negra trataban de atraparla jugando al corre que te pillo. Escuchó su propia voz, como si estuviese saliendo de unos altavoces.

—Se supone que tenemos que ser provocadores y sensacionalistas.

—Seríamos provocadores y sensacionalistas, pero no nos renovarían el permiso de emisión. —La Pájara Negra se levantó y se limpió la ceniza de los preciosos guantes—. Lo siento, Marcelina. —Sus pantorrillas enfundadas en medias de nailon se rozaron al entrar en la sala de edición. La luz era cegadora, y la Pájara Negra una sombra amorfa en medio del resplandor, como si hubiera entrado en el corazón del sol.

—Pasará, todo pasa... —Pero Marcelina había infringido sus propias leyes: nunca protestes, nunca cuestiones, nunca suplicas. Tienes que creer en ello lo suficiente como para hacerlo, pero no tanto como para no poder dejarlo marchar. Su género preferido, los *realities*, tenía un índice de éxito de un inestable dos por ciento, y ya se había creado una coraza, había aprendido la doctrina: no te fíes hasta que la tinta esté en el contrato, e incluso entonces, el programador nos lo da y el programador nos lo quita. Pero cada rechazo le robaba un poco de ímpetu y energía, como si intentaran detener un superpetrolero a base de balonazos. No recordaba la última vez que había creído en algo.

Leandro estaba cerrando la emisión del programa piloto y archivando la lista de decisiones de edición.

—No quiero agobiarte, pero Lisandra ya está con lo de *Cirugía plástica a mediodía*.

Marcelina recogió sus carpetas y el disco duro, y se planteó llorar. Pero no, ahí no, delante de Lisandra no.

—Eh, oye, Marcelina, bueno, siento mucho lo de *La huida*. Ya sabes, no es un buen momento...

Lisandra se apoyó en la silla de Marcelina y colocó su libretto y su botella de agua meticulosamente en la mesa. Leandro levantó la tapa de la papelera.

—Así es el negocio.

—Mujer, te lo tomas con demasiada filosofía... Si yo fuera tú, probablemente me iría a algún sitio a emborracharme.

Bueno, esa era una opción, pero ahora que lo mencionas, antes me pintaría los labios con mierda que ir a emborracharme al café Barbosa.

Marcelina se imaginó echándole a Lisandra el ácido de una batería de coche en la cara, poco a poco, dibujándole gota a gota los rasgos, al estilo Jackson

Pollock, en su suave piel de melocotón. *Eso sí que sería* Cirugía plástica a mediodía, *puta*.

El *gunga* marcaba el ritmo, el traqueteo del bajo, el compás de la ciudad y la montaña. El *médio* era el charlatán, el chismorreco fresco y descarado de la calle y del bar, los cotilleos sobre famosos. La *violinha* era la cantante, por encima del bajo y el ritmo, el cántico por encima de todo, y caía poco a poco en el ritmo del *gunga* y del *médio* y después se alejaba dando una voltereta, como el espíritu de la *capoeira*, con juegos y vuelos rítmicos, fintas e improvisaciones, meneando el culo por toda la estancia.

Marcelina estaba descalza en un círculo de música, le palpitaba el pecho, se defendía con el brazo. El sudor le corría copiosamente desde la barbilla y los hombros hasta el suelo. Tenía sus trucos, engaños que se utilizaban en el juego de la *roda*. Le hizo un gesto para que se acercara con el brazo que tenía levantado, con la insolencia adecuada. Su adversario bailaba en *ginga*, listo para atacar y ser atacado, con todos los sentidos alerta. Llamar a un adversario de un modo tan insolente tenía *jeito*, era *malicioso*.

Los *capoeiristas* cantaban:

«É, fui caminando,
en la fría mañana.

Encontré a São Bento Grande
jugando a las cartas con el Perro».

La *roda* daba palmas como contrapunto a los ritmos insistentes y resonantes de los *berimbaus*. Un instrumento en apariencia nada sutil, el *berimbau*, tenía sus orígenes en un arco de caza, lo que se reflejaba en la curva de la verga de madera, en la cuerda tensa. Tan casero: una calabaza, un trozo de alambre del interior de un neumático, el tapón de una botella apretado contra la cuerda, un palo con el que tocarlo, y solo dos notas en su redonda barriga. Un instrumento de favela. Cuando empezó a practicar *capoeira*, Marcelina despreciaba el *berimbau*. Ella estaba allí por la lucha, y en segundo lugar por el baile del *jogo*. Pero no hay baile sin música, y cuando aprendió las secuencias, consiguió apreciar la jerga de sus sonidos agudos y entender las sutilezas rítmicas que encerraba un trío de instrumentos que solo emitía seis notas. El mestre Ginga no se cansaba de repetirle que nunca conseguiría la *corda vermelha* si descuidaba el *berimbau*. La *capoeira* era más que una lucha. Marcelina había encargado un *médio* a la Fundação Mestre Bimba de Salvador, el hogar espiritual de la clásica *Capoeira Angola*. Lo tenía al lado del sofá, sin abrir, dentro de la funda acolchada. Lo mejor que podía hacer Marcelina aquel día, con sus pantalones pirata a rayas rojas y blancas y su camiseta corta, y después de una derrota laboral que le había dejado un amargo sabor a vómito en la garganta, era luchar.

«Mestre Bimba, mestre Nestor,
Mestres Ezequiel y Canjiquinha.
Ellos son los hombres mundialmente conocidos

Que nos enseñaron a jugar y a cantar», coreaba la *roda*, que formaba un estrecho círculo dentro del húmedo cuadrilátero verde de hormigón pintado con santos de la *umbanda* y legendarios *mestres* en mitad de saltos de una elegancia digna del kung-fu mezclado con *ballet*. Marcelina volvió a hacerle una señal, sonriendo. El ritmo había bajado de la lucha São Bento Grande al canto de entrada, una formalidad de la Escuela Angoleña Mestre Ginga adoptada para su propio *senzala* carioca, elogiando a los célebres *mestres* desaparecidos. Jair cruzó la *roda* y agarró con la mano que tenía levantada la de Marcelina. Se movieron despacio, cara a cara, correctos como un *foro*, alrededor del círculo de manos y voces y toques de los *berimbaus*. Era un tío creído que le sacaba unos diez años a Marcelina, alto, moreno y guapo, era obvio que se pavoneaba, sereno, confiado hasta el punto de ser arrogante. No luchaba contra mujeres ni contra blancos. Los blancos se movían como árboles, como camiones de cerdos de camino al matadero. Las mujeres eran incapaces de entender la *malícia*. Eso era cosa de tíos. Las mujercitas con apellido alemán y piel alemana eran las más ridículas de todas. Ni siquiera deberían perder el tiempo intentado practicar *capoeira*.

Aquella mujercita alemana y blanca ya le había sorprendido dos veces, la primera con un *S-dobrado* épico que empezó con una patada en finta desde el suelo, en la que las manos y los pies apenas tocaban el suelo, que dio paso al pino sobre una mano y terminó con una patada amplia con la pierna derecha que Jair evitó cayendo inmediatamente en una esquiva negativa, con el brazo levantado para protegerse la cara. Marcelina había previsto y evitado su patada amplia *meia lua* fácilmente. «¡É, É!», había cantado el público. La segunda vez que gritaron y aplaudieron fuerte fue cuando ella saltó en una *meia lua pulada*, la patada en giro sobre una mano, gran regalo de Río-Senzala a la *capoeira*. Había observado al mestre Ginga por el rabillo del ojo, sentado de cuclillas con su bastón grabado como un viejo rey angoleño, impasible como una piedra. Viejo cabrón. Nada de lo que ella hiciera le impresionaba. *Que no eres Yoda*. Después le había llegado una voltereta *chapeu-de-couro*, con Jair totalmente en el aire, y Marcelina casi se había caído hacia atrás en un *queda de cuarto*, las manos y los pies plantados en la pista de baile, observando como le pasaba el pie de la patada por delante de la cara.

Al principio, la *capoeira* había sido otra ola en el *zeitgeist* sobre la que Marcelina Hoffman surfeaba, conducida por la sed perpetua y vampírica de sangre fresca. En Canal Quatro la hora de comer era para fracasados, a no ser que la emplearas en una actividad válida. Durante un tiempo, la marcha rápida había estado de moda, y Marcelina fue la primera en aventurarse a salir a la ardiente praia de Botafogo con las zapatillas, las mallas de licra, las gafas de sol

modelo ojos de araña, y el podómetro para contar esos tan representativos diez mil pasos. Al cabo de una semana, sus pocos amigos y muchos rivales salieron también a la calle, y entonces escuchó por encima del ruido del tráfico el deje de los *berimbaus*, el alegre martilleo del *agogô*, el canto en los espacios verdes del parque Flamengo. Al día siguiente se unió a ellos, dando palmas con su estilo de *loira* alemana, mientras los enjutos y fuertes tíos con sus camisas abiertas daban volteretas y vueltas y patadas en la *roda*. Era una simple demostración de reclutamiento del mestre Ginga para su escuela, pero para Marcelina fue la Nueva Cosa Guay. Durante una temporada, la poseyó. Cualquiera cosa en las reuniones semanales la relacionaba con la *capoeira*, y de pronto, otra Nueva Cosa Guay entró de sopetón desde la bahía. Para entonces, Marcelina ya había donado las mallas y las gafas de sol de la temporada pasada a una tienda benéfica de cosas de segunda mano, y le había dado el podómetro a la señorita Costa, del piso de abajo, a quien le angustiaba que su marido fuera sonámbulo y que anduviera kilómetros y kilómetros por la calle en plena noche robando cosas. Se había comprado los típicos pantalones pirata a rayas rojas y una camiseta ceñida, y subía en taxi dos veces por semana la ondulada carretera hasta el pecho del Corcovado, sobre el que estaba el mismísimo Cristo como un pezón erecto, para ir a la Fundação Silvestre del Mestre Ginga. Era una conversa a la lucha-danza. Ya volvería a ser guay.

Con las manos cogidas, los *capoeiristas* giraban en círculo. Era una noche húmeda, y las nubes flotaban bajas sobre Tijuca. Esa cálida humedad retenía y magnificaba los olores: la fragancia empalagosa y afrutada de las buganvillas que flotaba sobre el campo de lucha de la *fundação*, el humo apestoso del aceite de las lámparas que delimitaban la *roda*, el dulzor salado del sudor que recorría el brazo levantado de Marcelina, la acidez fecunda de su axila. Se soltó y saltó hacia atrás para alejarse de Jair. Acto seguido, los *berimbaus* y el *agogô* pasaron a São Bento Grande. Al mismo tiempo, Marcelina cayó de cuclillas, agarró los bajos de los pantalones pirata de Jair, se levantó, y lo tiró hacia atrás.

La *roda* rugió de júbilo, los que tocaban el *berimbau* provocaron risas burlonas con las cuerdas. El mestre Ginga contuvo una sonrisa. *Boca de calça*, un movimiento tan simple, tan tonto, que nunca pensabas que fuera a funcionar, pero esa era la única forma de que funcionara. Y ahora, el golpe final. Marcelina le tendió la mano. Cuando se ofrece la mano, el juego ha terminado. Pero Jair salió de su esquivo negativa en una patada giratoria *armada*. Marcelina esquivó el pie descalzo de Jair fácilmente y, mientras todavía estaba desequilibrado, dio un paso por debajo de su defensa y le golpeó fuerte en las orejas con las palmas de las manos, un *galopante* doble. Jair cayó rugiendo, las risas cesaron, los *berimbaus* se callaron. Un pájaro graznó. El mestre Ginga ya no sonreía lo más mínimo. Marcelina volvió a ofrecerle la mano. Jair negó con la cabeza, se levantó como pudo, y salió de la *roda* sin dejar de mover la cabeza.

El mestre Ginga aguardaba bajo la luz amarilla de las farolas, mientras Marcelina esperaba un taxi. En esta vida, algunos conducen, y otros son conducidos. Las ramas bajas de los árboles y los retorcidos ficus arrojaban sobre él una luz fracturada que oscilaba al apoyarse en el bastón. Los amuletos *patúa* que llevaba colgados al cuello para defenderse de los espíritus se balanceaban.

Que no eres el puto Yoda, pensó Marcelina. *Ni Gandalf el Gris*.

—Ha estado bien. Me ha gustado. El *boca de calça*, ese movimiento es muy *malandro*. —La voz del mestre Ginga era áspera, como si fumara ochenta cigarrillos al día. Que Marcelina supiera, no había fumado nunca, nunca había consumido *maconha* y mucho menos algo más polvoriento, y solo bebía en fiestas de santos y fiestas nacionales. Nódulos en las cuerdas vocales era la teoría predominante. Dejando a un lado la biología, resultaba muy *Karate Kid*—. Pensaba que quizá, quizá, al final estabas aprendiendo algo sobre el verdadero *jeito*, y entonces...

—Le he pedido perdón, y a él le ha parecido bien. Le pitarán los oídos durante un día o dos, pero fue él el que no quiso terminar. Yo se lo ofrecí, él lo rechazó. Como usted dice, en la calle no hay reglas.

Al levantarse de su esquiva en cuclillas, no había visto la cara de Jair, sino la de la Pájara Negra, con toda aquella elegancia y maquillaje, y al momento sus puños supieron lo que tenían que hacer: el golpe en las orejas, el ataque más humillante del *jogo*. Una bofetada en la cara, doble.

—Estabas enfadada. El enfado es estúpido. ¿Es que no te lo he enseñado? El hombre alegre siempre puede superar al hombre enfadado porque el hombre enfadado es estúpido, actúa a partir de su ira, no de su *malicia*.

—Sí, sí, lo que usted diga —dijo Marcelina lanzando la bolsa en la parte de atrás del taxi. Había confiado en que la lucha danza consumiera esa ira, que la transformara, como en el zen casero del mestre Ginga, en la risa burlona del auténtico *malandro*, despreocupado, amado por un mundo que cuidaba de él de un modo maternal. La música, los cánticos, los pícaros brincos de la *ginga* preliminar solo la habían introducido aún más en un oscuro depósito de cólera: una ira tan añeja, tan enterrada, que se había transformado en un aceite negro y volátil. Había años de ira ahí dentro. Ira por la familia, por supuesto; por su madre, que se estaba convirtiendo de un modo respetuoso y delicado en una borracha en su apartamento de Leblon; por sus hermanas y sus maridos y sus hijos. Ira por los amigos que eran rivales y aduladores a los que no podía perder de vista. Pero la mayoría de la ira era por ella misma, que a los treinta y cuatro años había andado hasta tan lejos, y con unos zapatos tan especiales, que ya no podía volver atrás.

—Yo no veo que los hijos compensen el éxito profesional que voy a conseguir.

La familia Hoffman se había reunido en el restaurante Leopold para celebrar el sesenta cumpleaños de su madre; ella, con veintitrés, recién incorporada a Canal Quatro como documentalista, estaba deslumbrada por las luces, las cámaras, la acción. Marcelina todavía podía escuchar su voz en la mesa, la cerveza, la confianza: toda una declaración de guerra a sus hermanas mayores casadas, a sus maridos, a los óvulos de sus ovarios.

—No quiero ir a Copa —ordenó, con el móvil en la mano, mientras el dedo pulgar bailaba su propia *ginga* sobre las teclas—. Lléveme a la rua Tabatingüera.

—Mejor —dijo el conductor—. En Copa hay mucha cola por los polis y los militares. En realidad, ya empieza en Morro do Pavão.

No era la primera sesión informativa semanal a la que iba con resaca. La sala de reuniones de Canal Quatro (los sofás y las mesitas bajas de café que facilitaban la comunicación, la cristalera curvada y el dorado y azul de Botafogo con la bruma sobre Niterói a lo largo de la bahía) emitía un ruido sordo e hipergrave de contrabajo. Para mantener la política de la cadena de frescura y espíritu juvenil, las paredes de la sala de juntas estaban empapeladas con fotomurales gigantes de *La guerra de las galaxias*. Marcelina sentía que Boba Fett la estaba agobiando. Todo iría bien mientras no tuviera que decir nada; mientras Lisandra no se diera cuenta, gracias a su sentido arácnido de reina de las putas, de que Marcelina llevaba en el cuerpo dos tercios de una botella de Gray Goose, y mucha, mucha Bavaria fría de la nevera de Heitor. Un día más, un idilio químico más.

Ojalá pudiera dejar de llorar cada vez que iba a casa de Heitor.

Directores de género, jefes de sección, ejecutivos y directores de producción. La Pájara Negra con gafas de sol y pañuelo en la cabeza, como si acabara de bajarse azotada por el viento y acariciada por el sol del asiento trasero de una Moto Guzzi. Rosa, de programación, puso los resultados de la noche en el proyector. Los sofás de piel minimalistas crujieron cuando los cuerpos comenzaron a hundirse en ellos. La nueva telenovela de Rede Globo, *Nu Brasil*, había alcanzado un cuarenta por ciento de audiencia en sus cuatro periodos de muestreo, un aclamado cuarenta y cuatro por ciento en el grupo de dieciocho a treinta y cuatro años. *Escuela ninja*, de Canal Quatro, había conseguido un ocho coma cinco en la misma franja, desviándose mucho hacia la deseada audiencia masculina, pero estaba un punto y medio por detrás de *Abandonos de la escuela de belleza* de SBT e igualados al pico de Globo Sport. Y ahora estaba entrando Adriano Russo, dispuesto a decir unas palabras.

El director de programación de Canal Quatro siempre parecía que acabara de dejar la tabla de surf en recepción, aunque tenía una silla reservada al final de la pasarela de mesas de cristal y las manos, con una manicura perfecta, repletas de carpetas y Blackberries.

—En primer lugar, EMHO, en esta sala se encuentra la gente más creativa, imaginativa, trabajadora y arriesgada que he conocido nunca. SLAD. —El protocolo indicaba que tenían que asentir ante la charla de Adriano, incluso cuando utilizaba siglas o, como todos creían, se las inventaba—. Hemos tenido una mala noche, de acuerdo, pero no tengamos una mala temporada. —Puso la carpeta sobre la mesa de cristal—. ALA de los directores de producción y de género únicamente. He conseguido información sobre la programación de invierno de Rede Globo. —Aquello afectó incluso a la Pájara Negra—. Ya se os han enviado los PDF, pero os diré que el eje de la temporada es una nueva telenovela. Antes de que empecéis a quejaros de la aburrida y poco imaginativa programación, os daré un par de detalles. Se llama *Un mundo en alguna parte*, escrita por Alejandro y Cosquim, y la PUV es el regreso de Ana Paula Arósio. Actuará junto a Rodrigo Santoro. Los han traído de vuelta a Brasil, y a la televisión. Lo han rodado todo a puerta cerrada en unos escenarios secretos en Brasilia, y por eso nadie ha escuchado ni una sola palabra al respecto. La gran presentación a la prensa es el próximo miércoles. El primer episodio se emite el quince de junio. Necesitamos algo grande, escandaloso, atrayente. Una televisión tan refrescante, obscena y provocadora, que haga que todos digan: «cómo se atreven esos cabrones de Canal Quatro». Queremos que a los críticos SLSLODLO.

Se Les Salgan Los Ojos De Las Órbitas, se imaginó Marcelina, a pesar del ruido sordo de tanta mañana. No había ningún programa que le hiciera frente a una telenovela. Cualquier cosa que intentaran para enfrentarse a Ana Paula Arósio y Rodrigo Santoro acabaría yéndose por el retrete. Pero Globo calculaba que *Un mundo en alguna parte* generaría una gran audiencia heredada inmóvil ante la televisión y lista para cualquier cosa que estuviera por venir; casi con toda seguridad, según la experiencia de Marcelina, sería un barato y entretenido documental de *Al descubierto*, con montones de entrevistas a los actores e imágenes del rodaje, una especie de avance que no revelara realmente la trama. Esa era la audiencia que Adriano Russo quería robar. Por primera vez en meses, Marcelina Hoffman sintió un destello de emoción. La resaca se había evaporado, convirtiéndose en una ráfaga de adrenalina. La ambición rubia. La promoción rubia. El tiovivo de jefes de sección entre las principales cadenas volvía a ponerse en marcha. Los *realities* volverían a hacer cabriolas. Su propio cuchitril de cristal. La gente tendría que llamar antes de entrar. Su propio reportero de la AP. Podría soltar alguna indirecta sobre una Blackberry o un Razr rosa, y por la mañana aparecerían encima de su escritorio gracias al Ratoncito Tecnológico. Lo primero que hacía un nuevo jefe de sección era dismantelar todos los programas de sus enemigos. Fantaseó con la idea de echar por tierra todas las propuestas de Lisandra en las reuniones de los Viernes de Lluvia de Ideas. Podría vivir en un apartamento en Leblon, incluso con vistas a la playa. Eso le encantaría a su madre. Podría suspender temporalmente sus

inyecciones de bótox a la hora de comer y declararle la guerra plástica a esas arruguitas treintañeras de ansiedad. *Gracias, Nuestra Señora de la Producción.*

—Tenemos seis semanas para recuperarnos. Las propuestas a los directores de género el Viernes de Lluvia de Ideas. —Adriano Russo ordenó sus papeles y se levantó—. Gracias a todos.

«Adiós, Adriano, gracias, Adriano, nos vemos el viernes, Adriano, un abrazo, Adriano.»

—PC —dijo girándose de repente en la puerta de la sala de reuniones—. Aunque no lo tengamos. TOR que este es el año del Mundial.

«Gracias, Adriano, Adriano, eres legal, lo recordaremos, Adriano.»

Boba Fett seguía amenazando a Marcelina a punta de pistola, pero Yoda parecía estar sonriendo.